

efigie (modelo) de historia o recuerdo de las cosas pasadas, así de guerras como de paces, porque con la continuación de tales cantos no se les olviden las hazañas y acontecimientos que han pasado. Y estos cantares les quedan en la memoria, en lugar de libros de su acuerdo; y por esta forma recitan las genealogías de sus caciques o señores que han tenido y las obras que hicieron, y los malos y buenos temporales que han pasado o tienen; e otras cosas que ellos quieren que no se olviden, que a chicos e grandes se comuniquen e sean muy sabidas e fijamente esculpidas en la memoria” (Tras la lectura de este texto y algunas acotaciones, cabe preguntarse con absoluta franqueza: si esto no es historiar ¿qué es historiar? En la práctica ¿qué es lo que hacemos nosotros en las aulas y en los libros si no exactamente eso? Por supuesto, utilizando otros métodos con relación a los que utilizaban ellos... Lo mismo sucede en la actualidad y sucederá en el futuro, en la era de la comunicación virtual.

Cosmovisión, mito y religión: desafíos estratégicos universales

Solemos imaginar o suponer, sin demasiados cuestionamientos para no complicarnos la vida, que la cosmovisión, los mitos y la religión de cualquier cultura, pasada o actual, se relacionan necesariamente con seres de un universo distinto y superior al nuestro y con un “más allá” que justificaría la convicción bastante generalizada de que existen seres trascendentes, generadores del cosmos, del hombre y de esa otra vida que eventualmente colmaría el deseo innato de la humanidad de seguir viviendo para siempre o de sobrevivir de algún modo el traumático e irreversible paso de la muerte en tanto ser vivo, en nuestro caso consciente de sí mismo.

Como preámbulo de la reflexión acerca de las realidades o ficciones y conceptos propuestos en el título del acápite, parece oportuno separarlas y describirlas sucintamente a las tres que, en la práctica, suelen confundirse, inclusive oponerse entre sí, por ejemplo los mitos mal llamados populares y la religión.

Cosmovisión es una determinada manera histórica (en un determinado espacio, tiempo y grupo humano) de percibir y explicar el

universo a partir de una *cosmogénesis* (o *cosmogonía*), que intenta explicitar su origen y permanencia en el tiempo, y de una *antropogénesis* referida al origen, cultura e historia de la gente.

Mitología, mitos o sistema mitológico de una cultura (no importa de qué continente o región), es el cúmulo de expresiones metafóricas y legendarias, generalmente dramatizadas, de su manera de ver y explicar el universo, incluida la justificación de su propia existencia y muerte.

Religión, en términos generales –no absolutos puesto que varía el enfoque y estructura de una cultura a otra– es la representación estructurada y más o menos jerarquizada de la mitología cosmovisional de un pueblo o nación cultural para comunicarse, apaciguar, reclamar protección y rendir homenaje a quien o quienes un determinado pueblo o individuo considera su principio generador, dueño, señor absoluto y modelo. Es un instrumento del inconsciente colectivo que, más allá de su rigidez gestual, dramatización cíclica de algunos mitos representativos de la cosmovisión y curioso machismo, brinda identidad y coherencia tanto a la existencia individual como a la sociedad protagonista.

El fenómeno planetario de las diferentes cosmovisiones, mitologías y religiones refleja, por un lado la conciencia de la limitación humana y, por otro, la creatividad del hombre de todos los tiempos para subsanar de algún modo esa fragilidad y mortalidad que considera un problema grave para su deseo de seguir viviendo. Creatividad que se expresa en las reflexiones y en el imaginario de quienes asumen históricamente el rol de guías o pensadores del devenir de nuestra especie. De una u otra forma todos los hombres, intelectuales o no –unos más que otros–, intentaron e intentan brindar explicaciones coherentes al fenómeno de nuestra existencia limitada, al entorno cósmico que supuestamente rodea esa conciencia con innegable anhelo de perpetuidad, a toda manifestación de vida y, por supuesto, al límite indeseable de la muerte que la mayoría, consciente o inconscientemente, desea eludir o superar.

Algunos sectores de la humanidad, sobre todo a partir de la formación de sociedades complejas y teocráticas, lo han pensado desde diferentes tipos de dogmatismo dirigido por algún sistema vertical; otros –quizá la mayoría–, desde criterios espontáneos y dinámicos

en los que predominan la libertad y la constante creación de manifestaciones colectivas. En este sentido, no pocos satisfacen su imaginario respecto de interrogantes como “de dónde proviene el cosmos y el hombre” o “hacia dónde se dirige” como si, *a priori*, tuviéramos un origen predeterminado y debiéramos dirigirnos a algo en forma simple y con supuesta verticalidad dogmática o ritualización jerárquica; finalmente no faltan quienes, al menos a nivel consciente, viven la realidad tal como sucede, esto es, sin la preocupación de su origen y destino, sin necesidad de sistemas o estructuras complejas más o menos dogmáticas que reclamen alguna verdad histórica para sus propuestas y exigencias respecto del cosmos y de la humanidad que, lo sepamos o no y a pesar de sus permanentes cambios y zigzagueos, es igual a sí misma desde no menos de 150 mil años.

Pero en *Abya yala*, hace apenas cinco siglos de su milenaria historia, se produjo sorprendentemente un intento exitoso de discontinuar el devenir de sus genuinas cosmovisiones, mitologías y religiones (si es que las había en nuestro continente, ciertamente no las había en el pretendido sentido occidental de aquellos días) al ser consideradas “falsas, erróneas y diabólicas” por el invasor de 1492, o incompatibles con el hombre civilizado, es decir, con las apetencias de los recién llegados. En breve tiempo –alrededor de tres siglos– el intruso desplazó las expresiones autóctonas milenarias e impuso las suyas –de origen oriental y asiático del hemisferio norte– como *excluyente* y *única válida*. La impuso en nombre de su dios, cerrando los ojos a toda manifestación mítica y religiosa contemporánea a la invasión y a su anterior profundidad temporal y simbólica, castrando de ese modo la potencialidad creativa de aquella fracción de la humanidad que desde hacía no menos de 40 mil años activaban un abanico de estrategias para sobrevivir lo mejor posible como individuos y en sociedad.

Basado en argumentos dogmáticos y autoritarios emergentes del etnocentrismo, de objetivos mezquinos y de una supuesta revelación, impuso una serie de paradigmas culturales propios por sobre el sentido común y el derecho de los nativos de *Abya yala*, al menos en este corto tiempo que llevamos de sometimiento a un sistema filosófico y cosmovisional que se postula como único verdadero desde un poder inapelable con epicentro en Roma desde que

Constantino el Grande y Teodosio, durante el siglo IV, lo asociaron a las estructuras, diseños y expansión de su imperio.

De hecho, la cosmovisión, mitología y religión católica occidental (luego también la heterodoxa o protestante del mismo signo ideológico) desplazó imperativamente a las nativas, si bien las cosmovisiones y sistemas religiosos, no importa de qué tiempo y cultura, no cristalizaron históricamente ni con el derecho ni con la intención de menospreciar y arrasar sistemas de otros pueblos que emergen insensiblemente por el imperio de necesidades concretas en función de acompañar, contener y dar sentido a la existencia de los grupos en su marcha inevitable por esta y no otra vida. Esta vida que siempre finaliza a pesar del mismo hombre que, dada la conciencia de sí mismo, desearía seguir viviéndola indefinidamente.

Allí donde hubo y hay grupos de hombres, la profunda experiencia de nacer, crecer y morir en un contexto espacial que nos supera, se transforma en uno de los móviles fundamentales que genera sistemas míticos explicativos y sedantes de la angustia que produce nuestra limitación y próxima inexorable desaparición. Relativizar estos sistemas –sea el pagano, cristiano, mahometano o cualquier otro emergente del imaginario popular–, es decir, no considerarlos verdad absoluta, o exclusiva, no les quita valor y eficacia en función de los objetivos por el que fueron creados por el mismo hombre. Por el contrario, la autonomía y autosuficiencia de estas creaciones alienta en los protagonistas de cualquier cultura una sana actitud de respeto por los demás sistemas mítico-religiosos desalentando fanatismos y proselitismos que no pasan de ser formas de dominio de un sistema o individuos sobre otros. No considerarlos absolutos y únicos, favorece el crecimiento específico de cada pueblo y el intercambio entre ellos como base de la convivencia en la diversidad. Exactamente lo que no supieron ni quisieron hacer los europeos cuando, al invadir el continente, encontraron incalculables riquezas materiales y espirituales o simbólicas que iban a significar la solución a sus problemas y la satisfacción de apetencias de poder político y religioso corporativo.

Las metáforas cosmovisionales y mitológicas fueron siempre, y lo seguirán siendo, resultado de la estrategia existencial de los pueblos que, en su marcha hacia una situación mejor – “tierra prometida” de

los hebreos, "paraíso" o "cielo" cristiano, "tierra sin mal" tupí-guaraní o "nirvana" de pueblos asiáticos— generan maneras de ver e interpretar tanto el universo circundante como los acontecimientos y cambios significativos y traumáticos de la sociedad. Los fines implícitos de estas creaciones, cuyos orígenes generalmente se pierden en el tiempo, son la cohesión de la sociedad que las produce y su identidad, la calidad de vida y el progreso. Este último es paulatino y no necesariamente debe sobrepasar las expectativas de los grupos ni depender de modelos y metas preexistentes sino del crecimiento gradual de cada sociedad, no importa en qué dirección y hasta dónde. Es esta la razón más profunda y genuina por la que, a lo largo de miles de años en un mismo continente, de forma discontinua o escalonada, fueron cristalizando diferentes experiencias culturales en íntima relación con el ecosistema, por ejemplo, sioux, olmeca, maya, chibcha, mochica, tiahuanacota, inca, diaguita o selk'nam y cientos más.

Por otra parte en la marcha histórica de los pueblos, desde los primeros grupos *sapiens modernos*, siempre algunos de sus miembros fueron *designados* o asumieron por sí mismos, quizá en un mecanismo inconsciente, la función de *re-presentar* la cosmovisión y los mitos, es decir, hacerlos presentes ritualmente para que actúen con eficacia en el grupo. Ellos son, entre otros, los chamanes, profetas, patriarcas, popes, pastores, sacerdotes, ipayé. Mecanismo y estructura social que, durante los milenios que nos precedieron, generaron en *Abya yala* religiones, o mejor, mecanismos y estructuras sociales muy distintas unas de otras, simples y magnificentes, de organización horizontal (por ejemplo de los chaquenses y amazónicos) o estrictamente vertical (azteca e inca), difundidas o restringidas territorialmente según las circunstancias.

Este sano mecanismo social, más o menos consciente respecto de su finalidad, lo experimentaban y defendían todas las naciones que encontraron y vapulearon los europeos en nuestra tierra, tal como sucedía desde siempre en los demás continentes, incluso en Europa en el momento de la invasión. Lamentablemente los habitantes de *Abya yala* no tuvieron opción. Para vencerlos, reducirlos y expoliarlos descaradamente de sus bienes materiales y culturales (o "espirituales" en su jerga occidental) atacaron la médula de su existencia

en nombre de un dios y de una cosmovisión, según ellos "revelada" pero tan histórica y humana como las restantes, es decir, minaron estratégicamente sus cosmovisiones, mitos, representaciones y filosofía de vida. Intentaron, y en gran medida lo lograron, vaciarlas de contenido propio amparados en una supuesta religión y civilización superior que, en la práctica, hizo viable la invasión y apropiación del continente por parte de Europa.

Las cosmovisiones y los sistemas míticos producidos por los pueblos no constituyen un depósito preexistente que se copie o se herede recopilado en algún libro (Corán, Biblia, Vedas, etc.), ni el contenido de alguna verdad absoluta... sino que son el resultado de una lenta creación de los hombres para dar coherencia y sentido a su existencia en un determinado tiempo y lugar. Ellas aseguran pautas o estrategias de convivencia, principios éticos y respeto a las organizaciones socio-políticas y al medio ambiente manantial de recursos. Cuando esta producción falta o se traba por cualquier circunstancia —como en el caso de nuestro continente desde 1492— los pueblos pierden fuerza y cohesión o desaparecen en cuanto fenómeno social protagonista del devenir histórico aunque, si los sistemas educativos y la historiografía oficial lo permiten, pueden recuperarse o, al menos, subsistir en la memoria de generaciones futuras a través de la transmisión objetiva de su filosofía de vida, simbología, ciencia y principios éticos de convivencia. Así sucede en la actualidad con antiguas culturas ya desaparecidas de África, Asia menor, China, Medio oriente, Mediterráneo, Europa y Abya yala en general que, aun cuando ya no existen en tanto sistemas sociales activos, su mitología, cierta jerarquía de valores y poco o mucho de su filosofía..., continúan presentes en los contenidos educativos, en los planes de estudio, por ejemplo, con referencia a las culturas persa, egipcia, hebrea y griega, por mencionar algunas. Lamentablemente no es posible decir lo mismo con relación a la memoria histórica de nuestro continente ya que la producción cultural milenaria —específicamente cosmovisiones, mitos y celebraciones— de pueblos aniquilados por la invasión, como por ejemplo el iroqués, azteca e inca, no son tenidos en cuenta por considerárselos todavía primitivos y salvajes, al margen de la verdadera historia. Es una falencia obvia pero bien

disimulada por el enfoque epistemológico chanfleado de la historiografía oficial que permanece amarrada a la visión del vencedor.

Los centenares de mitos y cosmovisiones de nuestro continente, los que fueron arrasados y los que de alguna manera sobrevivieron, constituyen aspectos vertebrales de la cultura actual, pero no son dogmas que se deban imponer. Encierran valores humanos en tanto estrategias de vida de los pueblos que los crearon y como tales merecen respeto, tanto o más que las foráneas por perfectas y estructuradas que estas aparezcan a nuestro análisis.

Los mitos de cualquier cultura (occidental, oriental o de Abya yala pre-invasión), inclusive las ceremonias y ritos no son verdades intocables, dogmas, cuentos o leyendas sino simplemente expresiones y explicaciones funcionales en tanto estrategias de vida de los diferentes pueblos del planeta, aun cuando estos pueblos se permitan asumirlos como verdades para sí mismos. Esa tendencia es parte de la estrategia que insensiblemente crea identidad en los protagonistas. Sin embargo, en la mal llamada *América* se impusieron compulsivamente los bíblicos orientales de cierta antigüedad y los católicos medievales y renacentistas reinterpretados por occidente como *verdad absoluta a diseminar por el mundo*, a veces con un inexplicable e irrespetuoso proselitismo, sin derecho a réplica ni sana confrontación a través del testimonio de sus creadores. Prestemos atención a la ceguera del invasor que en el siglo XVI de su era cristiana intentó con la misma oscuridad con que miraban sus ojos oscurecer manifestaciones asombrosas de la humanidad continental. Pero no lo lograron, porque el impacto del testimonio superó la profunda distorsión que intentaron en su relato increíblemente ciego pero, a pesar de ellos mismos, transparente.

Sugiero leer el fragmento, párrafo por párrafo, analizando las palabras y el sentido de las frases y de todo el texto. Intenten leerlo entre líneas y ponerse en la mentalidad del autor pero también en el lugar y contexto de los protagonistas. Analicen sin prejuicio preguntándose si es creíble lo que escribe el autor. ¿Por qué sería creíble? ¿Para qué escribieron? A lo largo del fragmento incluyo un par de sugerencias respecto a cómo leer entre líneas y con sentido común.

Jean de Lery, escritor protestante borgoñón de la iglesia cristiana reformada, refiriéndose a los Tupí-nambá escribió desde la costa Atlántica del hoy Brasil:

“Ni creen ni adoran a ningún dios, celeste o terrestre... no rezan ni en público ni en privado y desconocen la oración... ¿Cómo es posible, se dirán ustedes, que al igual que bestias embrutecidas, estos americanos vivan sin ninguna religión?... Sin embargo creen en la inmortalidad del alma... que puede morar detrás de las montañas o en medio de hermosos jardines”.

El misionero aventurero recuerda a sus futuros lectores europeos que entre ellos *“hay falsos profetas llamados caraíbes que van y vienen de aldea en aldea como los frailes mendicantes del papado (sic), haciéndoles creer que pueden comunicarse con los espíritus y que son capaces por este medio de conferirles fuerzas al que les plazca... y que son ellos los que hacen crecer las frutas y las grandes raíces que produce esta tierra”*(se refiere tanto a los caraíbes como a los frailes mendicantes del papado!)

Jean de Lery agrega: *“Los tupinambos tienen por costumbre reunirse cada tanto en medio de una gran solemnidad”.* Por suerte para él y para nosotros, el señor misionero, contrariando todo lo que dice sobre la no-religiosidad y salvajismo de los nativos, cuenta que un día *“sin esperármelo me encontré en una de esas asambleas y puedo decir como son en realidad. Una noche nos quedamos a dormir en una aldea de nombre Cotina. Al día siguiente nos disponíamos a partir cuando vimos a los salvajes (sic) acudir de todos los rincones. Al momento se juntaron más de quinientos. Nos acercamos para averiguar y de pronto los vimos agruparse hombres, mujeres y niños por separado. Me di cuenta que harían algo extraordinario, porque unos 12 caraíbes estaban alineados... Estos dieron instrucciones a cada grupo. A nosotros nos mandaron permanecer en el recinto de las mujeres (teniendo en cuenta que los europeos sindicaron a los Tupí como feroces comedores de carne humana, es extraño que a ellos no los mandaran a la olla). Mientras comíamos, sin saber todavía qué iba a suceder, empezó a llegar a nuestros oídos desde el recinto masculino un ruido muy bajo, pa-*

recido al murmullo de los que mascullan oraciones canónicas (sic) (se refiere a los monjes católicos). Las voces de los hombres fueron aumentando poco a poco y pudimos oírlos muy claramente cantar todos juntos y repetir cada tanto una interjección de estímulo: Hé, ha, hé, hé, hé, hé. Quedamos atónitos de ver que las mujeres por su parte, respondían con voz temblorosa reiterando la misma interjección: Hé, ha, hé, hé, hé. Durante un cuarto de hora gritaron de tal manera que nosotros no sabíamos qué actitud adoptar... De pronto los gritos y ruidos cesaron. Los hombres hicieron una corta pausa y de nuevo los oímos cantar y llevar con sus voces un tono acorde y maravilloso, y me tranquilizó aquel son lleno de dulzura y sumamente melodioso... En esto, los caribes estaban avanzando y retrocediendo constantemente... y decían: "Para que podáis superar a vuestros enemigos, recibid todos el espíritu de la fuerza". Y las ceremonias -detalla Lery- duraban ya casi dos horas sin que estos seiscientos salvajes (sic) dejaran de cantar y danzar. En este momento entonaron una melodía tan hermosa, que los que no la han oído no podrán jamás creer que tengan tanto sentido del ritmo, ya que no saben lo que es la música..."

"Dado que no comprendía bien su lenguaje y como dijeran muchas cosas que no entendí, le pedí al intérprete que me las aclarara. Me dijo entonces: "Deploraron mucho la muerte de sus antepasados, que tan valientes eran pero se consolaban puesto que después de morir irían a reunirse con ellos detrás de las montañas, donde bailarían y se solazarían juntos... También habían mencionado en sus canciones una enorme inundación que hubo una vez y había tanta agua que toda la tierra quedó cubierta: todos los hombres del mundo se ahogaron, no así sus abuelos que se salvaron subiéndose a los árboles más altos de su país".

Qué mecanismos habían incorporado estos escritores para interpretar tan burdamente los hechos y después creer en ellos y fijarlos en la historia a pie juntillas no deja de ser llamativo. Pero así se escribió la historia de América que aún sigue vigente en sus consecuencias. Para el protestante Lery los tupinambos eran salvajes que, sin embargo, creían en la inmortalidad del alma; salvajes al estilo de los frailes mendicantes del papado; salvajes que celebraban asambleas de más de 500 personas durante dos horas; salvajes

que cantaban y danzaban melodías y ritmos maravillosos; salvajes que tenían el mito del diluvio y se consolaban ante la muerte en la creencia de otra vida... En fin, ¡menos salvajes que nosotros! o, al menos, otra estrategia de vida.

Por su parte, el afamado Darwin –siglo XIX– al pasar por Tierra del Fuego y encontrarse con yámana –probablemente también con selk'nam, haush y alakaluf– a quienes apenas conoció superficialmente no dudó en abrir un juicio desde su supuesta superioridad. Su interpretación de lo que vio, y luego escribió, se transformó para la época, y hasta ahora, en postulado científico: “Los yámana son los hombres más desgraciados del mundo... (a causa) de la perfecta igualdad que reina entre los individuos... Actualmente, si se le da a uno de ellos una pieza de tela, la desgarran a pedazos y cada cual tiene su parte. Nadie puede ser más rico que su vecino... Parece imposible que el estado político de Tierra del Fuego pueda mejorar en tanto no surja un jefe cualquiera, provisto de poder suficiente... Por otro lado es difícil que surja un jefe mientras todos esos pueblos no adquieran la idea de propiedad, que les permitiría manifestar superioridad y acrecentar poder”.

Para este europeo, que en su especialidad fue sin duda eminente, compartir lo que se tiene, sentirse todos con los mismos derechos, no dar lugar al gran poder, vivir sin propiedad privada de la tierra... eran síntomas de ser *los hombres más desgraciados del mundo*.

¿Conquista o invasión?

Cuando las crónicas y sus comentaristas, historiadores, textos escolares y discursos utilizan el término *conquista* ¿qué quieren o pretenden transmitir? ¿Qué significa técnicamente *conquista de América*? ¿Qué sentido le atribuye usted mismo a esta fórmula que oímos permanentemente a funcionarios, directivos, algunos docentes y alumnos influenciados por estos, ya desde nuestros primeros pasos en la escuela, inclusive con grandes homenajes al “descubridor”? En general, o no se piensa demasiado en lo que se está diciendo o se intenta expresar, dentro de una gama de matices que van de la confusión a la torpeza, que se trata del “accionar europeo a partir de 1492